



Atardecer en Tamadaba

Gran Canaria, la nostalgia del paraíso

ALFREDO HERRERA PIQUÉ

Tarde de oro en Otoño, cuando aún las nieblas densas no han vertido en el viento su vaho taciturno, y en que el sol escarlata, de púrpura el poniente, donde el viejo Verano quema sus fuegos últimos.

Yo quisiera que mi alma fuera como esta tarde, y mi pensar se hiciera tan impalpable y mudo como el humo azulado de algún hogar lejano... que se cierne en la calma solemne del crepúsculo...

TOMAS MORALES

Canaria, Tamarán, la isla oceánica, la última esfinge de la Atlántida, una de las siete hijas de Hesperia y de Atlas, antiguo cenobio de Alcorán, de bosques de palmeras, de pinos y de laurel, de cristalinos manantiales, de impresionantes atalayas y de plácidos valles, de luminosas playas que besaron los antiguos jinetes del mar; la isla en la que resonaron los heroicos gritos del postrer holocausto

de Bentejui y de Doramas y el sollozo final de las harimaguadas. En ella confluyeron los ritos paradisíacos de la naturaleza y en sus cumbres se elevó el altar de los dioses.

Gran Canaria tiene la epidermis de un monstruo prehistórico. La iconografía de sus atormentadas cumbres fue labrada por el temblor de los tiempos. La Cumbre es una sucesión de escenarios



*Pinar
de
Tamadaba*

de éxtasis, cruzados por blanquecinos velos. Es un sueño de Shostakovitch, una utopía de Cézanne. El fulgurante momento crepuscular enciende el obelisco geológico del Roque Nublo, mientras un hechizo de sombras precipita un absoluto silencio, es el hondo valle de Tejeda. El Saucillo es la esbelta aguja de una catedral gótica. Entre vapores amatistas, la venerable silueta de El Fraile parece esculpida por brisas milenarias. Su pétreo báculo va salmodiando el sucesivo transitar de las errantes brumas. Hacia el poniente, la cúpula del Bentayga es un ignoto santuario astral: el monte sagrado de los ritmos estacionales, de infinitos saberes y de antiguas luces, un interrogatorio del Cosmos, de unciones metafísicas y de vagas cosmogonías rituales.

Bentayga, Guayadaque, Ansite, Gáldar, Tara, Cendro... Gran Canaria es un paraíso arqueológico insertado en un paraíso geológico. Arqueología y geología se funden en una escenografía de atlantes. En Guayadeque parece sentirse el espíritu de los antepasados, entre las arquitecturas inmensas del ancestral barranco, morada de remotas poblaciones. Desde Cuatro Puertas un mago de misteriosas astronomías alza los brazos a los astros, invocando saberes panteístas. Los profundos precipicios de Ansite retumban de sublimes

Playa de Las Canteras



*Puerto
de
Las Nieves*

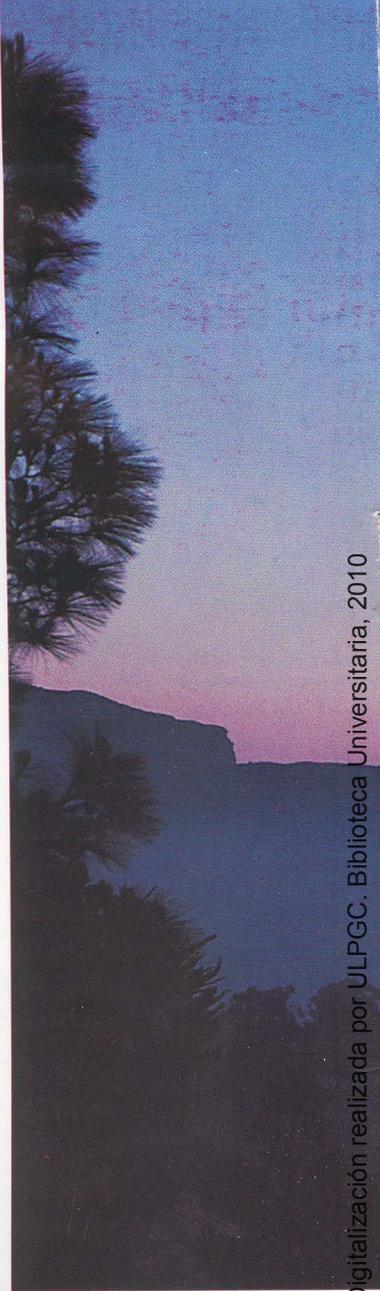
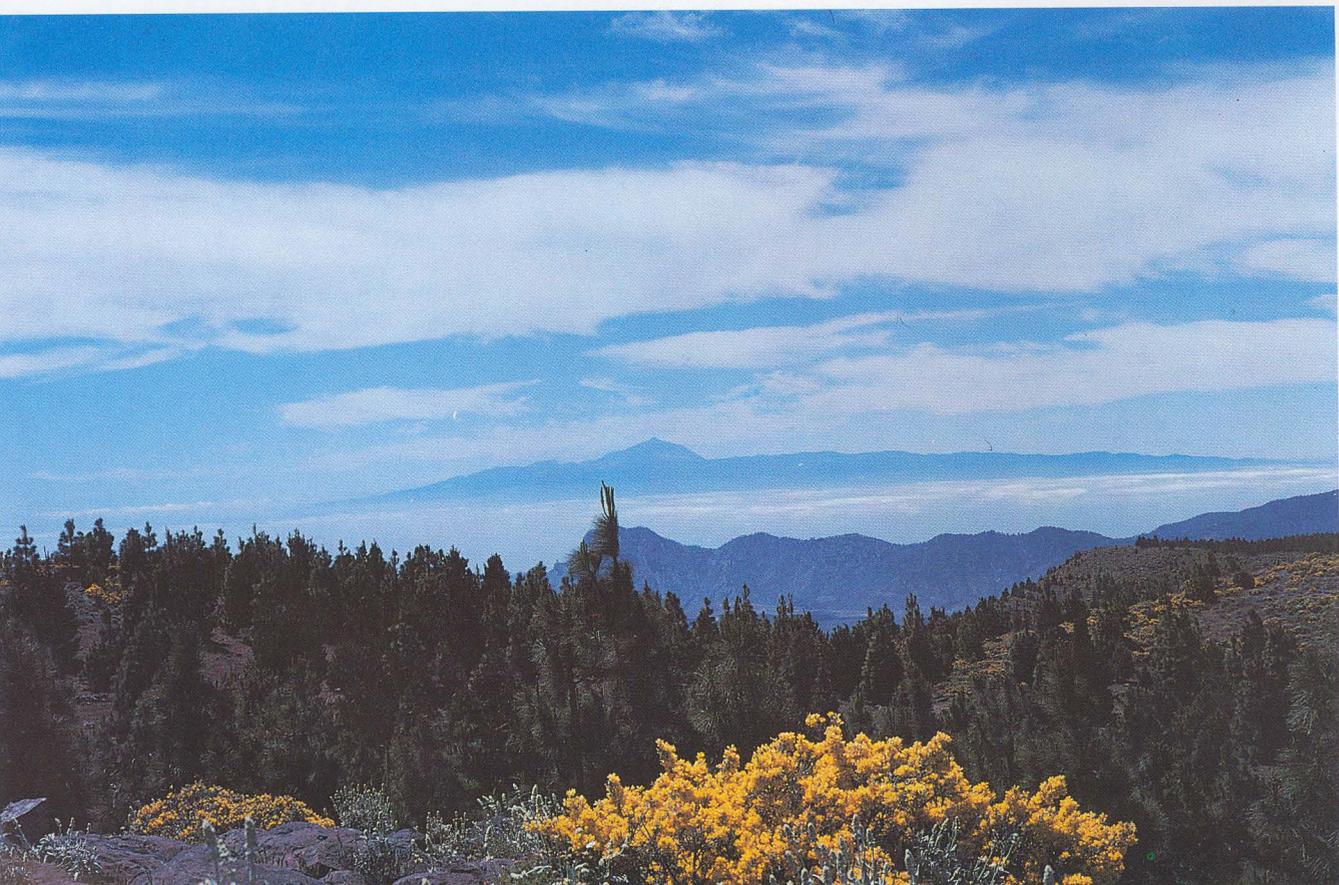


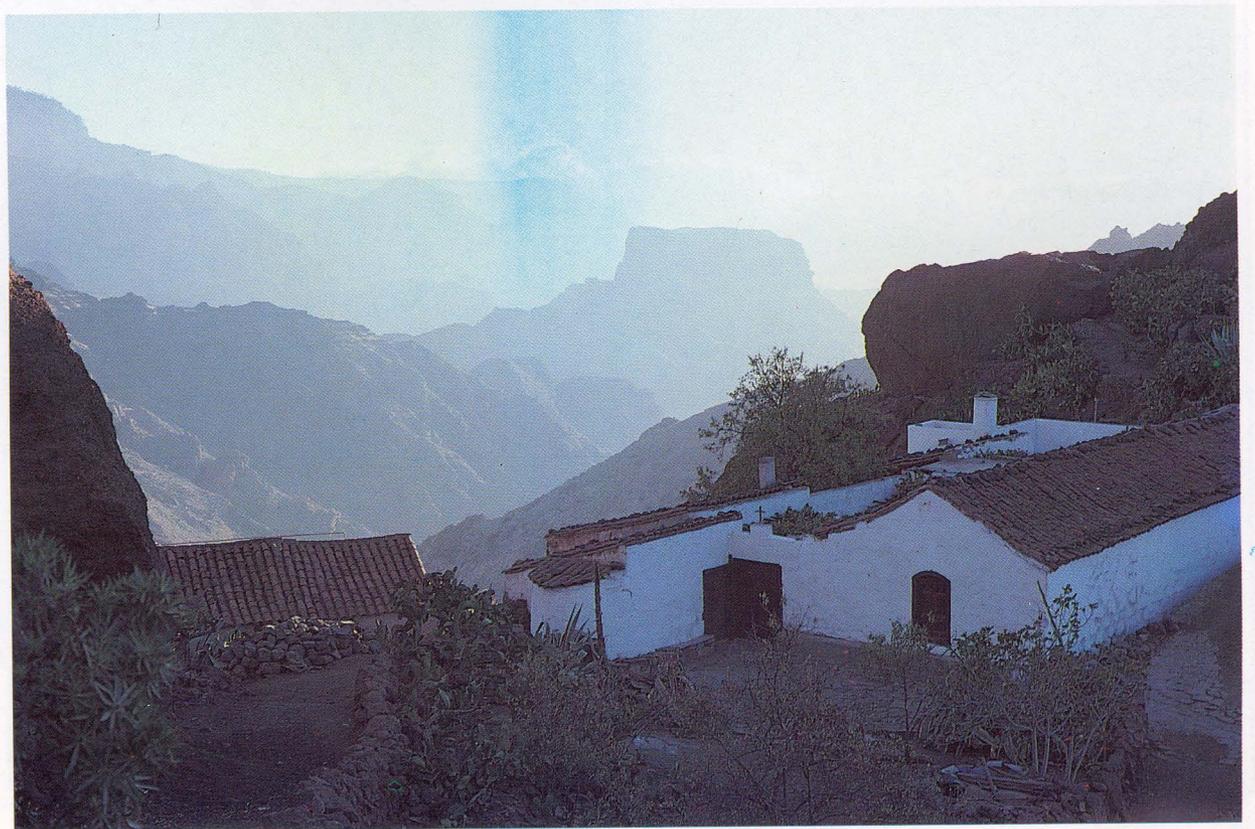
epopeyas y heroicas resonancias. La Cueva Pintada anuncia en Gáldar la gracia pictográfica de desconocidos artistas, y el libro sagrado de Balos encierra los sortilegios mágicos de prehistóricos misterios.

Infinito mar azul y cumbres que ascienden a la cúpula de lo dioses. El laberinto de la geografía insular es activa expresión de vértigos tremendos y sonoras hecatombes. Calderas de Tirajana y de Tejeda, grandiosos claustros de milenarios abismos, bordeados de bosques perdidos. Tamadaba, Inagua, Cuevas del Caballero lanzan brillantes fulgores de esmeraldas, como pinceladas de un Fra Angelico, y los ígneos destellos del ocaso envuelven de escarlata los añosos pinares, inmersos en las aéreas brumas del fascinante crepúsculo. Aún en Madrelagua, en Barranco Oscuro, en los Tiles se perciben los murmullos de la umbría perdida, en donde enseñoreara el guerrero Doramas. Y, como serpientes de otros tiempos, los abismales barrancos, que surcan la piel de la isla desde las cumbres hasta el litoral de encrespadas olas: Guinigua-

da, Azuaje, Tejeda, Rosiana y un sin fin de prehistóricos toponímicos.

Como hitos en el denso paisaje, los volúmenes cubistas de los caseríos de Fataga, de Temisas, de Santa Lucía de Tirajana alzan los altares del sencillo vecindario sobre horizontes de suaves calimas. El hombre taló el bosque, cultivó los campos fecundos y se asentó en las solariegas villas de perfiles cumbreños y perspectivas de océano. Telde, precedida del vetusto cíclope de siete ojos, con sus casonas de prosapia en San Juan y San Francisco. Teror, de hermosas arquitecturas en sus espirituales tesoros. Arucas, mosaico de verdes predios, presididos por la esbelta piedra gótica. Gáldar, de absolutas reminiscencias aborígenes, y Guía, de bucólicos frutos pastoriles. Agaete, donde el Dedo de Dios oficia la catarsis aborigen de La Rama, junto a la desnuda ermita marinera en donde dejó su pincel Joos van Cleve. Moya, Valleseco, Firgas, de cantarinas aguas, que regaron la selva umbrífera que Cairasco cantara. La Aldea, acantilado y granero, retablo marino de insondables abismos, y Mogán, embelesa-

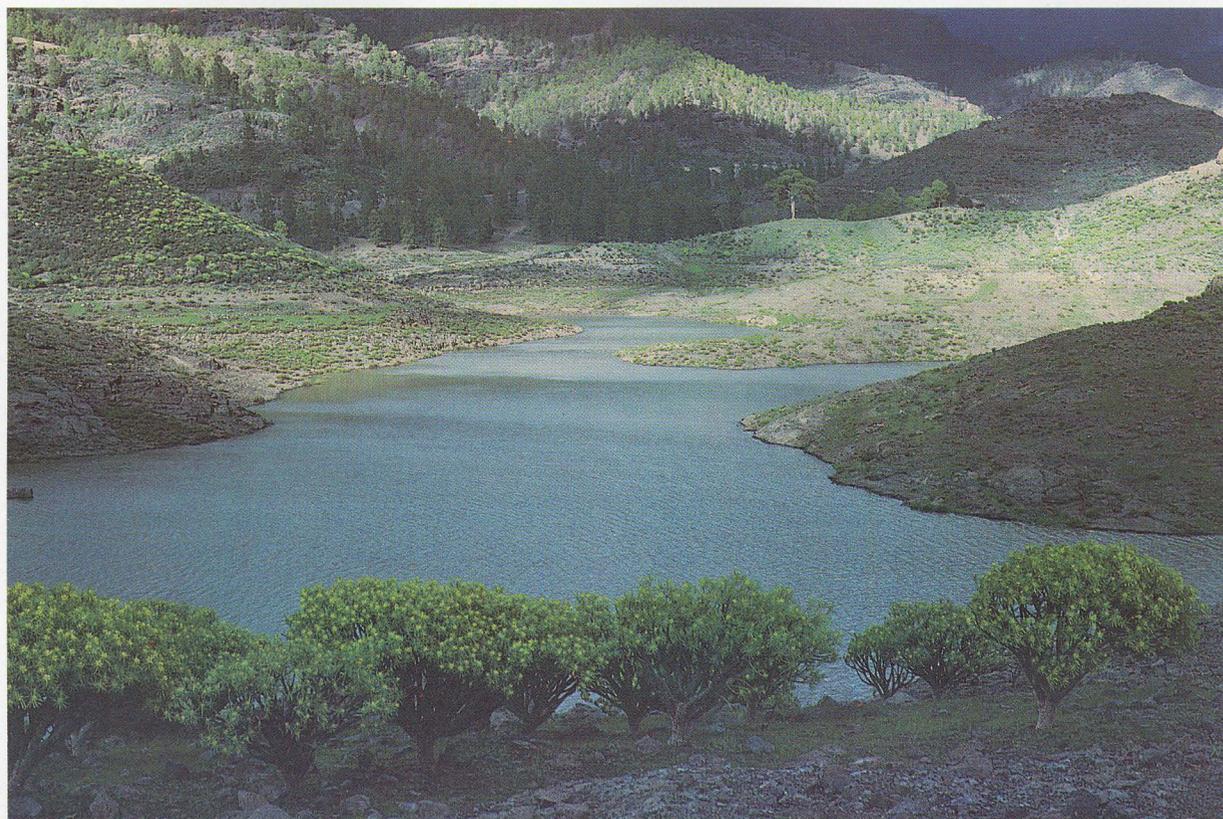




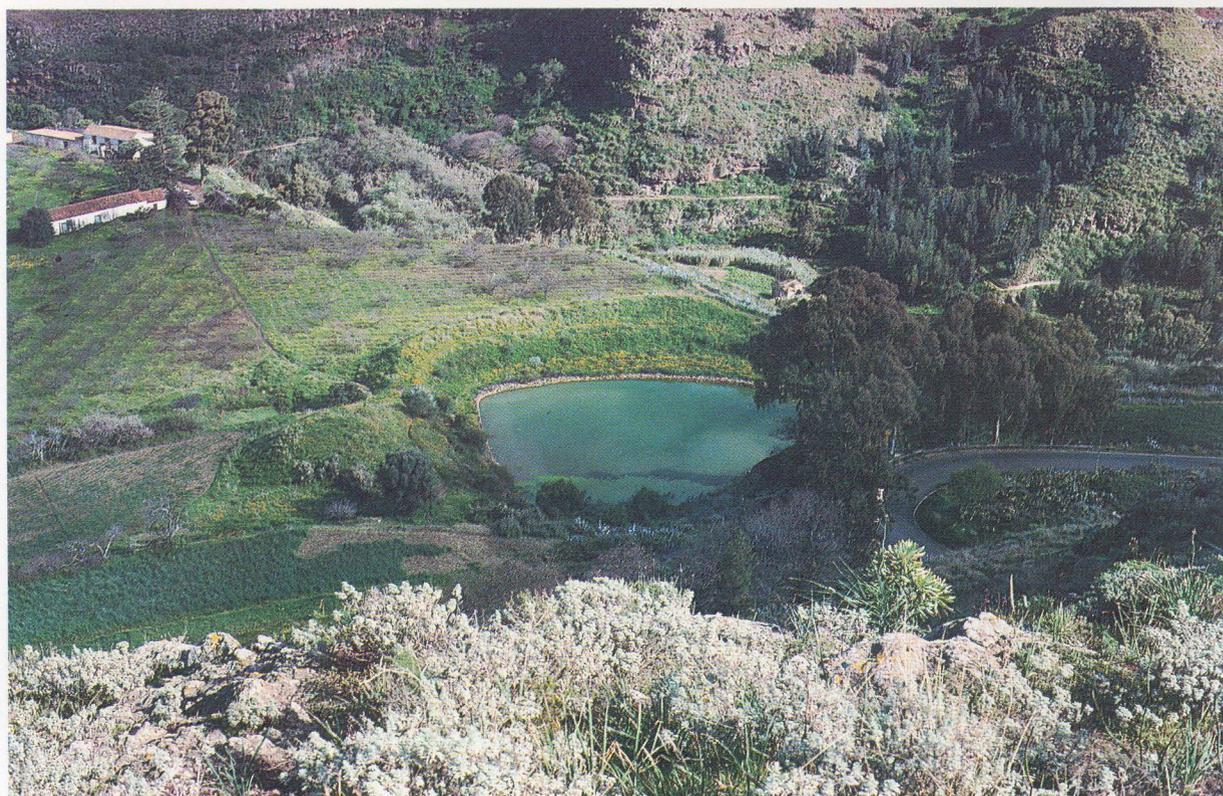
*Tres estampas del
paisaje extraordinario
de las Cumbres*

da entre exóticos valles y costas olvidadas. Valsequillo, Tejeda, Artenara y las Tirajanas, hermosísimas estampas cumbreiras. Agüimes, la villa de señorío aborigen y castellano, e Ingenio, patrimonio de ricas tradiciones artesanales, historias de los viejos cultivos azucareros. Santa Brígida y San Mateo, el paisaje pintoresco y definidor. Y Las Palmas de Gran Canaria, la ciudad de las siete ciudades: la cin-

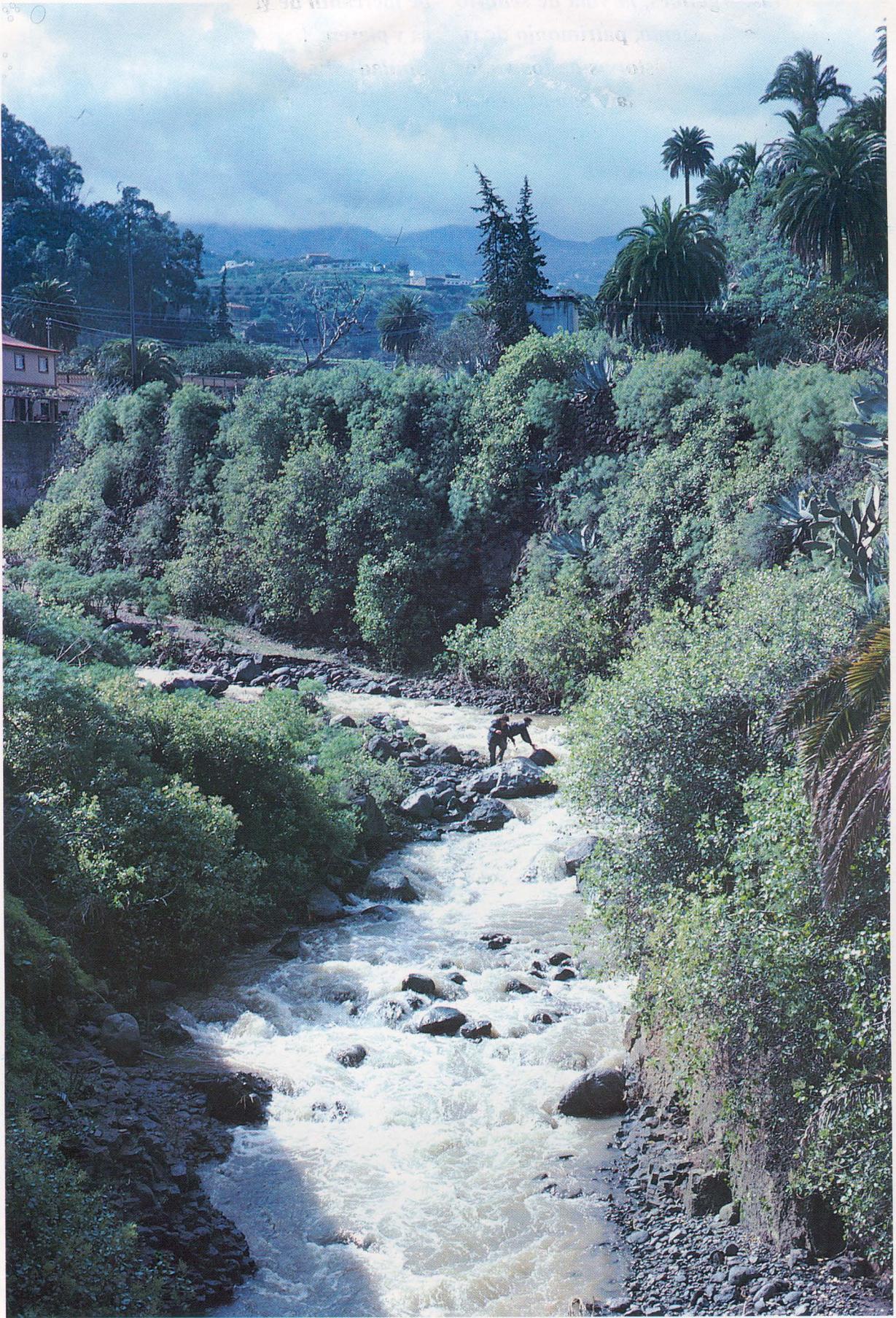
co veces centenaria villa colonial, la de los "riscos" populares, la villa portuaria y cosmopolita, la urbe mercantil de vital dinamismo, la ciudad turística y playera, la recoleta Ciudad Jardín y la populosa Ciudad Alta. Las Palmas, con nombre de palmeras y de palmerales, ciudad suspendida sobre el mar, con su hermoso centro histórico, su Puerto de La Luz y su Pueblo Canario.



Cueva de las Niñas



Teror



Guiniguada





Drago del barranco de Pino Santo

La isla es el mar. El océano se hace doradas dunas en Maspalomas, como antaño en el istmo de Guanarteme. En las aguas de las Canteras, el transfigurado crepúsculo de un doble sol se inflama sobre la luminosa espuma; en la sutil bajamar, la playa es un ensueño de Orfeo, trinando entre el calei-

doscopio de mariscos las lejanas notas de un órgano barroco. Ese mar azul y hondo es toda la isla de los Campos Elíseos. La isla del Huerto de las Flores, donde antaño cantaron los poetas, de la graciosa alpiska y del tenorísimo pájaro canario, del Lacerta Simnoyi que nos mira con sabiduría desde



Rincón del palmeral de Satautejo

cada roca, de la Phoenix Canariensis, en fin, que es símbolo y belleza suprema.

Naturaleza, prehistoria e historia quedan en tres nombres: Jardín Canario, Museo Canario y Casa de Colón, testimonio ésta de los pasos primeros del gran navegante, que bebió las aguas de un oasis

desaparecido. Palmerales y paraísos olvidados, en donde hoy tristes necrópolis y jaulas de cemento aprisionan y ocultan el Céfiro. Como un soplo malféfico, el vulgar cemento nos hurtó un panteísmo de espacios sublimes. Gran Canaria, isla, isla mía, isla perdida.



Valleseco, Firgas, Moya... el antiguo bosque de laurel



Los feraces campos de Moya